

mó un aire de benevolencia, á excepcion de Madama, que no pudo disimular su mal humor. Sin embargo, como el Rey continuase siempre amable con ella, se persuadió, que solo la compasion habia producido, en favor de la Duquesa, este movimiento de interés, tan vivo y notable; pero conservó contra ella una especie de rencor; mas sin temer, ni recelar la menor rivalidad.

La Reina Madre solia hacer loterias de alhajas, cuyos billetes repartia entre las personas de la familia real y sus favoritos. Un dia que su córte fué muy numerosa, y la Duquesa se hallaba allí en la comitiva de Madama, se hizo una de estas loterias, y el Rey ganó la primera, que eran unos magníficos brazaletes de diamantes: todo el mundo elogió su hermosura; y Madama particularmente lo hizo con gran exceso; mas ¡cuanto aumentarán de valor cuando sean obsequiados! Y ¡já quien los ofrecerá Luis! La Reina los desea; pero sin esperanza. Madama se creé segura de obtenerlos. Cada uno admirándolos dice, que no tienen precio. Aun no, contesta Madama; pero le tendrán luego. El Rey tomó el cofrecito que estaba sobre una mesa, busca con los ojos á aquella, que jamás heria con

la vista, y siempre era necesario descubrirla con cuidado: atraviesa la cámara, no solo sin embarazo, sino con un aire de triunfo: ¡tal es la altivéz y la audácia que adquiere quien trata de vengar lo que ama!.... Se acerca Luis á la Duquesa, le presenta los brazaletes, acompañando á esta accion, no el donaire de la galanteria, sino toda la expresion del respeto, y toda la dignidad de una accion con que se honra á sí mismo. Jamás se tributó homenaje mas brillante con tan noble franqueza. Jamás se vió el semblante de Luis mas tranquilo ni mas magnestuoso. La Duquesa sobresaltada, penetrada de sentimiento, llena de inquietud, de temor y reconocimiento, creyó que el Rey solamente le mostraba estos soberbios brazaletes, y en voz baja le contestó, son bellísimos, devolviendolos.—Aceptadlos, Señorita, replicó S. M.; os los ofrece la estimacion mas bien fundada, y mejor conocida. La Duquesa no respondió, sino con una profunda inclinacion; estaba cuasi desfallecida. En el momento se fué el Rey á su lugar, y ella se dió prisa á guardar los brazaletes en su bolsa de labor, tomando el último puesto entre las personas que la rodeaban. La admiracion general fué extrema, y el despecho de Madama tan

violento, que no pudo contenerse de manifestar al Rey una acritud que todos conocieron, aunque trató de disfrazarla con tono de alegría; pero sus chanzas tenían tanto de forzado, é iban mezcladas de una ironia tan amarga, que era imposible no conocer claramente lo que experimentaba. El Rey no opuso á sus epigramas sino una sangre fria, inalterable, con cierto aire de distraccion, y un completo descuido, que condujo á Madama al colmo de su cólera: muchas veces estuvo en el borde de representar una escena ridícula: veia que se le miraba con sorpresa; que muchas personas la examinaban con malignidad, penetraban su zelo, y se gozaban de su agitacion: conocia que todo lo que hablaba, era sin medida y naturalidad: se creyó hacer un papel enteramente diverso del que hasta entonces habia representado. Humillada á los ojos de toda la córte, pérdida para siempre en el concepto del Rey, le juró un ódio irreconciliable á la Duquesa. Una causa tan frívola exasperó y desnaturalizó de este modo el carácter mas amable. Las pasiones siempre nos ciegan; pero no siempre nos pervierten: mas la excesiva vanidad limita el espíritu, abate el alma, y la despoja de todos los sentimientos equi-

tativos y generosos. ¡Cuan sublime es aquella moral inflexible, que pronuncia tan terrible anatéma sobre el orgullo, y nos enseña, que la fuente de la razon, de la justicia y demás virtudes, no se encontrará jamás por un ser imperfecto, variable y frágil, sino en la imparcial y dulce humildad!

Al dia siguiente fué el Rey, segun costumbre, al cuarto de Madama. Su aspecto era lleno de sencillez, y un aire de serenidad; mas solo le manifestó respetos de política, tan sin afectacion, como sin embarazo: toda la noche se ocupó de la Duquesa, con lo cual no quedaron dudas acerca de sus sentimientos. Desde este momento se formaron dos partidos en la córte: uno contra la Duquesa, compuesto de toda la sociedad íntima de Madama; y el otro en su favor, formado de los que se interesaban por ella, de los que no querian á Madama, ó aborrecian á sus favoritos. Los príncipes tienen grande interés en no admitir para su sociedad íntima, sino aquellas personas que gozan de la benevolencia general; porque el aborrecimiento que inspiran sus amigos, recae sobre ellos. Los de Madama no procuraron moderar su humor: estaban poseidos de rábia al considerar,

que la Princesa, á quien gobernaban, perdía el ascendiente que había tenido hasta entonces sobre el Rey, pues no podían ya engañarse en sus sentimientos. ¡Todo anunciaba una grande pasión, y la primera que había experimentado! En fin, nadie se atrevía á acusar de coqueta á la Duquesa: su modestia, su extremada reserva, jamás se desmentían. Su conducta era irreprochable: se conocía que amaba; pero que resistía á su inclinación, y evitaba cuanto pudiera dar al Rey la menor esperanza: era imposible interpretar malignamente sus acciones. Se calumnió su carácter: se afirmaba, que esta persona tan amable, tan modesta, tan sincera, era profundamente artificiosa y llena de ambición. Se le suponían todos los designios que otras habrían tenido en su lugar; y pintando un retrato imaginario, se retrataban á sí mismas. Ultimamente, desenfrenándose la mordacidad de sus enemigos contra ella, hacían la sátira de sí mismos. Cada discurso aumentaba el enojo y confusión de Madama: lo presente le esclarecía lo pasado. Era evidente que ya el Rey amaba á la Duquesa muchos meses; se venían á la memoria una multitud de circunstancias, que no dejaban duda alguna. Desde esta época todas las fiestas dadas por el Rey,

habían sido homenajes tributados á la Duquesa; y Madama, sin haber obtenido de la amistad del Rey la confianza de este amor, había servido de pretexto para favorecerlo, y ocultarlo á los demás. El Rey, sin ningún reparo, la había engañado, y hecho representar un papel ridículo: ¿qué muger dominada por la vanidad, puede perdonar semejantes agravios?

Madama era incapaz de disimulo; pero sus amigos la empeñaron á contenerse, á tratar medianamente á la Duquesa, y recibir al Rey sin enfado. Con dañada intención, ácia la Duquesa, imaginó Madama dar bailes en su cuarto: aquella nunca bailaba; y toda la sociedad de Madama se reunía para hacer valer los atractivos de la Señorita de Pons, la mas bella danzarina de la corte. El Rey bailó con ella muchas veces, y al parecer no fué indiferente á sus gracias; se notó que la Duquesa se turbaba y ponía pálida. Una noche, á la mitad del baile, se desapareció y el Rey, después de haber bailado una contradanza con la Señorita de Pons, se sentó á su lado, le hablaba en voz baja y con vivacidad. Se consiguió el triunfo. Madama tuvo la crueldad de enviar á llamar á la Duquesa: vino con los ojos encarnados, y el aire mas abatido: el

Rey la miró, se conmueve, y se separa de la Señorita de Pons. Los dias siguientes no se volvió á acercar á esta ni á bailar. Se perdió la esperanza que se habia concebido con tanto gozo.

La pasion de Luis, cada dia se hacia mas peligrosa para la Duquesa; porque aplicaba á ella toda la rectitud y altivéz de su carácter. Solicitó de nuevo una cita, no en el cuarto de la Duquesa, sino en el de la Señorita de Artigni, y á presencia suya. Se le rehusa; pero se vacila al mismo tiempo. En fin, se consiente, y se le promete, para el tercer dia. La víspera de este recibió la Duquesa un billete de la Condesa de Themine, datado en París, que le causó la mas viva alteracion: esta amiga fiel acababa de llegar de su Provincia, le anunciaba su visita, y avisaba que su correo solo debia precederla una hora. Seis semanas hacia que la Duquesa le habia escrito, llamándola en su socorro; y no obstante, la idea de volverla á ver, le causaba el mas penoso embarazo: conoció con horror cuan cambiado estaba su corazon, pues que temia los consejos de la virtud.... Sin embargo, no estaban alterados sus principios: ella era arrastrada, sin ser seducida:

tenia el mismo horror al vicio, y solo se engañaba sobre las intenciones del Rey: las creía siempre puras; no concebía que fuese posible tener el proyecto de corromperla, mostrándole tanta estimacion: á pesar de esto, conocia muy bien que necesitaba una mano valerosa y caritativa, que la sostuviese en la senda tan lúbrica que estaba empeñada. Madama de Themine llegó; la Duquesa la vió con un sobresalto inexplicable: su sola presencia fué para ella una luz. Desde este instante, juzgó sin ilusion, todo lo que tenia que decirle, y previó, sin engañarse, todo lo que pensaria en el particular: experimentó un desaliento que le quitó hasta el deseo de paliar ó excusar sus faltas: ella conocia, que se le iba á proponer un sacrificio cruel, y aun así no tuvo un momento la idea de resistir la voz poderosa del honor y la amistad: se sometió de antemano; pero con desesperacion. Hizo una breve recitacion, muy sincera, de todo lo que habia sufrido. Lejos de procurar disfrazar sus sentimientos, los describia tales, como hasta entonces no se habia atrevido á confesarlos á sí misma. Hallaba una especie de consuelo en despreciar así la severidad de que iba á ser víctima. Ella no lloraba, estaba pálida, opri-

mida; pero se expresaba con un tono firme y sério. Madama de Themine la escuchaba, mirandola con tanta sorpresa como dolor. Cuando acabó de hablar, dijo Madama de Themine: y bien, en un peligro tan inminente ¿qué pretendéis hacer?—Lo que me prescribais. Subyugada por una pasión criminal, no soy capaz de conducirme á mí misma.—Es preciso huirla.—Yo le encuentro en todas partes. ¿A donde no es adorado?—En un convento no oireis hablar de él. Allí es preciso que os retireis por algun tiempo.—Para siempre: consiento en ello.—No, yo no os propongo partidos extremos. Partamos para Chaillot, donde habeis estado ya; desde allí pedireis á Madama vuestra dimisión por escrito: hecho esto, partiremos para Turena; allí restaurareis la tranquilidad, y dentro de un año colmareis los votos del hombre apreciable que vuestra virtuosa madre os dió por esposo.—¿Quien, yo? ¿Engañar á un hombre de bien: unirme á él con un corazón manchado por una pasión culpable?—Vencereis con el tiempo esta desgraciada inclinación.—No, jamás triunfaré de ella.—Así lo creis; y es un error. Pensais tambien que el rango del Rey no agrega cosa alguna á vuestros sentimientos; y aunque carescáis de am-

bición, os engañais. ¿Podrá verse sin desvanecimiento el objeto que se ama cuasi deificado? Si Luis XIV. no estuviera en el trono, no le amariais, ni tan apasionadamente, ni con tanto peligro. Venid, mi amiga; dejad esas ilusiones que os rodean; vos estais pura aún: la felicidad volverá á vos.—La felicidad!—Ah! jamás.—Es preciso partir mañana antes de amanecer.—Mañana! si he prometido al Rey verle por la noche.—Esa misma promesa imprudente es la que debe hacer precipitar vuestra partida.—Se desesperará.—Le escribireis desde Chaillot: él respetará nuestros motivos, y os estimará siempre. ¿Qué recuerdo le dejareis! Se consolará sin duda, y ninguna muger os remplazará en su corazón.

Esta última idea enterneció á la Duquesa, y reanimó su valor. Sí, dijo, yo no debo titubear: disponed de mí.—Yo voy á dormir á la ciudad, y vendré por vos una hora antes de amanecer.—Sí, yo estaré pronta, y os seguiré. A estas palabras se levanta madama de Themine, abraza á su desgraciada amiga, la tiene largo tiempo estrechada en su seno, y la deja en el estado mas deplorable. Eran las cinco de la tarde: la Duquesa tenia que estar á las ocho de la

noche en el círculo de Madama, y tomó la resolución de no asistir, so pretexto de hallarse mala; pero se le ocurrió, que el Rey estaria inquieto, y daria algun paso imprudente: por otra parte, queria verle por última vez, y despues de vacilar mucho, se decidió á presentarse en dicha sociedad. Lo hizo así, y todos notaron la mutacion de su semblante: se quejaba de un violento dolor de cabeza, y se mantuvo, segun su costumbre, en el lugar menos visible de la concurrencia. Su corazon se lastimó, al ver entrar al Rey: antes que él la viese, ella le oyó hablar con el tono de la alegría; y la cita que habia entre los dos le traspasó el alma. Meditaba el dolor que él experimentaria el dia siguiente: le parecia que era engañarlo, hacerle traicion, y que por su fuga iba á exponerse á toda su indignacion, y acaso á atraerse su aborrecimiento. Esta alternante consideracion la dejó helada. El Rey, que la buscaba, se acercó á ella, y se llenó de espanto, viendo el estado en que se hallaba: manifestó su inquietud con una sensibilidad que acabó de oprimirla: no quiso tomar las cartas, se sentó á su lado, y la obligó en voz baja á que le confesara qué sentia. Entonces ella le refirió, que acababa de ver á su

única amiga, despues de siete meses de ausencia; que se habian apoderado de su imaginacion recuerdos muy dolorosos, cuya impresion duraba todavia. El Rey imaginó, que estos se referian á su madre; cuya explicacion le pareció sencilla y muy natural, con lo que se tranquilizó enteramente. Lo que la Duquesa sufrió en esta noche es indecible. Ella envidiaba á todo el mundo: todos los que debian quedarse con el Rey eran á sus ojos tan felices....! S. M. no decia una palabra, que no tuviese para ella un sentido particular, y la tocaba el corazon. Nunca le pareció mas amable, ni mas digno de ser amado. Al paso que la noche corria, se agotaban sus fuerzas: una ternura insuperable la hacia no poder contener sus lágrimas: principalmente cuando se veia obligada á hablar, le era necesario un esfuerzo prodigioso para devorarlas. Esta horrible opresion, y la certeza de ser observada con malevolencia, ponian el colmo al tormento de su situacion. Cuando el Rey se levantó para despedirse, la abandonó el valor enteramente: miró con estremecimiento la puerta al tiempo de cerrarla, y se dijo: ¡ya no veré abrirse esta puerta!.... Felicidad, esperanza, dulce porvenir, todo acabó para mí!.... Turbacion horrorosa, pe-

sares, arrepentimiento, recuerdos amargos indelebles, hé aquí lo que me resta.... La Duquesa, puesta en un pié, apoyada contra una columna, se sentia débil quenno, nat se atrevia á atravesar la cámara para salir: felizmente estaba cerca de una pequeña puerta escusada; se acercó á ella, y se desapareció. Despues de haber atravesado un corredor, cayó desmayada al empezar á subir la escalera que conducia á su habitacion. Algunos minutos despues pasaron dos de sus compañeras, la socorrieron y llevaron á su cuarto (1).

No pudiendo gustar un momento de sueño, omitió acostarse. Eran los últimos dias del Otoño, y á las cinco de la mañana vino Madama de Themine, siendo aun de noche: la Duquesa, sin proferir palabra, se levantó, dió la mano á Madama de Themine, y salió en este mismo instante: atravesaron rápidamente el castillo, montaron en el coche, y partieron. Luego que la Duquesa sintió el movimiento del coche, se deshi-

(1) Las almas insensibles ó corrompidas, se burlan de semejantes sentimientos, ó los atribuyen á ficcion, principalmente en el séxo femenino. La muerte violenta del Marqués de Bragelone, acredita lo contrario, y otros varios sucesos.—*El Traductor.*

zo en llanto. Su amiga no se atrevió á romper el silencio: apretó afectuosamente la mano que tenia entre las suyas; la Duquesa conoció que lloraba, y echándole los brazos al cuello, exclama: ¡ó prudente y virtuosa Eudocia! compadeced una debilidad inexcusable, que sin duda os es imposible de concebir.... Ah! replicó Madama de Themine, yo os admiro tanto, como os compadesco.—Me creis esforzada, y no lo estoy, sino sumisa: pero este dolor que me despedaza, no lo soportaré jamás.—Tal es, tal debe ser la credulidad de esa pasion; ya os lo he dicho, y el tiempo os desengañará.—Jamás. Yo os obedesco; mas sin esperanza de curarme ni poderme consolar.—Escuchad: ¿dentro de dos ó tres años estareis pesarosa de haber hecho el sacrificio doloroso que haceis ahora? No, respondió vivamente la Duquesa, conosco que es imposible arrepentirse de haber seguido su deber. Y bien, replicó madama de Themine, debeis conocer tambien, que la virtud que nos prescribe el sacrificio, ella misma es despues la recompensa; porque si no se encontrára indemnizacion de algun modo, habria lugar al arrepentimiento. Esta reflexion hirió el corazon de la Duquesa. ¡Ay de mí! exclamó: á vos toca, querida Eudocia, sen-

tir todo el poder de la virtud, y creerla suprema; y á mi solo admirarme de no conocerla ya!....

A las ocho de aquella mañana llegaron las dos amigas al convento de Chaillot: encontraron á las religiosas empleadas en una triste ceremonia; hacian los sufragios á una de sus compañeras. La Duquesa se enterneció, cuando tuvo noticia que la difunta era una religiosa de veinte años, que le habia manifestado particular amistad. Concluido el oficio, como el tiempo estaba sereno, se quedó la Duquesa en el cementerio, sentada en el borde de la fuente con su amiga; y mirando el sepulcro de la religiosa que acababan de enterrar, decía: feliz y amable Serafina, ¡qué envidiable es tu suerte! tú no has gustado sino placeres inocentes! ¡no has tenido sino legitimos afectos! ¡tu alma fué tan pura como tu vida: sentimientos culpables, deseos insensatos, pesares vergonzosos no turbarán jamás tu tranquilidad!.... Tú no has temido, no has despreciado mas que el vicio y el error: no has tenido entusiasmo mas que por la eterna verdad! Tu corazon, lleno de una piedad sublime, siempre tranquilo y satisfecho, ha disfrutado de una felicidad suprema: amó, sin inque-

tud, sin arrepentimiento, y sin medida!.... Ah! para tí fué la sensibilidad un beneficio del cielo! El Creador nos la dá para exaltar la virtud; é inmediatamente que la profanamos, se convierte en nuestro suplicio!.... (1). Diciendo estas palabras, dirigió la vista á la espalda de madama Themine, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se levantó, tomó su brazo, y le propuso pasearse en el claustro: despues de haber dado algunos pasos se detuvo: ¡ay de mí! dice, con qué amargura recuerdo las reflexiones que este mismo lugar me inspiraba hace siete meses!.... ¡Por qué no cedí al deseo que experimentaba entonces! ¡Por qué abandoné este asilo tan apacible! ¡Qué dulce es fijarse aquí con la inocencia y toda su razon! Pero, ¡qué penoso, refugiarse cargando las pasiones que aquí se reprueban!.... En esta austera soledad todo estaba de acuerdo con mis sentimientos; hoy todo se halla opuesto! Una alma agitada, trastornada, ¡cómo podrá sentir la agradable influen-

(1) ¡Verdad eterna! Por eso los impíos, y los que se abandonan á los placeres, en medio de ellos, y de la mayor grandeza, no gozan la alegría y tranquilidad que el justo, en la austeridad y mayor miseria.—*El Traductor.*

cia del aire tan apacible que aquí se respira! Qué horrible es formar el contraste mas vivo con la paz y la perfecta virtud!.... Al pronunciar la Duquesa estas últimas palabras, se sintió un ruido extraordinario, y muchas religiosas atravesaron el claustro: todas, cubiertas con sus velos, pasaban como sombras, sin responder á las preguntas de madama Themine. La Duquesa se sobresalta: un presentimiento la reanima; luego la hace temblar: se apoya contra un arco; no se atreve á adivinar lo que será: teme, espera, respira apenas.... El ruido se aumenta.... Luego se oye abrir la gran reja del convento, con cierta ostentacion, que estremeciéndose por su extraordinaria altura, causó una especie de sonido lúgubre, que anunciaba la llegada de un obispo, ó de un príncipe; porque jamás se abría sino para semejantes personajes. Una involuntaria alegría hizo palpar el corazón de la Duquesa; y al mismo tiempo la sorpresa, el decaimiento y la inquietud, helaban su sangre, dejándola inmovil. Un grupo de religiosas, con sus velos levantados, se avanza tumultuariamente. Se abre; se dispersa, y descubre á los ojos de la Duquesa atónita al Rey, que se vá ácia ella... ¡O mi amiga, exclama, echan-

dose en los brazos de madama de Themine, salvadme! Al punto, por un movimiento involuntario y súbito, toma la fuga; cae en el cementerio al pie de una cruz de fierro, colocada entre una espesura de yerbas al lado de la fuente. Madama de Themine, turbada, no se atreve á seguirla; pero incapaz de abandonarla, se quedó en pie, á veinte pasos, debajo de un arco; y poniéndose de su parte, la mira fijamente. El Rey corre ácia la Duquesa. ¡Qué temeis! le dice, tomando una de sus trémulas manos. Hay aquí otro infortunado, otro suplicante que yo?... Pero no; yo no debo imploraros, debo quejarme y pedir os justicia contra vos misma. ¡He merecido este tratamiento bárbaro? ¡Por qué huír? ¡Por qué reducís á la desesperacion, á quien os ha mostrado constantemente tanto respeto? ¡Qué teneis que reprenderme, que pueda autorizar esta fuga ultrajante? ¡Qué os hé pedido, qué he emprendido, qué he obtenido? ¡Qué mas hariais, si tuvieseis que reprimir designios temerarios, ó vengaros de una audácia injuriosa! No: vos no sois capáz de tal exceso de ingratitude: habeis sido conducida aquí contra vuestra voluntad. No: vos no quereis abandonarme; venid. Hablando de esta manera, Luis la tiró del